

LIBROS

El poeta José Bergamín

Dentro de la llamada generación del 27, José Bergamín ocupa un puesto no suficientemente valorado. Amigo y compañero de todos sus miembros, creador y animador de sus empresas culturales y poéticas, su digna posición política, su «agudeza y arte de ingenio» y su altivez en el gobierno de su vida le han conducido a un lugar molesto para sus compañeros de generación aún vivos, para los detentadores del poder cultural, y un desconocido para los jóvenes. Precisamente cuando se le puede calificar como el escritor más joven de España. Sus artículos (muchos más en revistas extranjeras que españolas), la redacción de sus Memorias, los prólogos a las ediciones de su revista «Cruz y Raya», la constante aparición de sus libros, sus increíbles proyectos, son sólo una muestra de esa juventud de la que hablo. Y ahora, por si fuera poco, vienen sus versos.

Como no es éste lugar ni el momento de intentar una revisión a fondo de su personalidad —de ello ya se encargan autores y hasta Gobiernos extranjeros (1)—, vamos a limitarnos a comentar la aparición de su tercer libro de versos, *La claridad desierta*, publicado, junto con un merecido homenaje, por la revista malagueña «Litoral» (2).

(1) La escritora francesa Florence Delay prepara un importante estudio sobre el poeta. Por otra parte, el Gobierno francés le concedió el título de comendador de la Orden de las Artes y las Letras, paralelo a la Legión de Honor, que también ostentan Picasso y Buñuel.

(2) Números 37, 38, 39 y 40 de la citada revista.

Cuando, en 1923, José Bergamín comparó a sí ante las letras españolas con un libro de aforismos, *El cohete y la estrella*, que, quizá dejaba entrever su profunda vocación poética, fue saludado como una oleada de aire nuevo (3). Pero a pesar de escribir versos desde su adolescencia, solamente muy tarde debutó en el ruedo poético (figura muy querida para el poeta), con sus *Tres sonetos a Cristo crucificado* ante el mar, en el número 20 de la revista «Hora de España», de agosto de 1938 (4), y que merecieron los más encendidos elogios de Antonio Machado. («Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día en los mejores florilegios de nuestra lírica»).

Pero pasarían varios años hasta que Bergamín volviera a darnos otra muestra poética. Fue con la aparición de dos libros de versos, *Rimas y sonetos rezagados* y *Duendecillos y coplas*. Publicados en Santiago de Chile en ediciones minoritarias, sin apoyo publicitario y crítico alguno (más bien al contrario en lo que se refiere a nuestra Patria), no pudieron dejar entrever para nadie (salvo excepciones, claro) las cualidades de poeta que en su brevedad contenían.

Sin embargo, las rimas de *La claridad desierta* no dejan lugar a dudas del poeta que encierra, escondiéndolo, ocultándolo celosamente, José Bergamín. Concebido como un largo poema, como una meditación sobre la muerte, el amor, la vida; escrito

Málaga, 1973. Incluye estudios sobre el escritor de Alexandre, Corpus Barga, Unamuno, Azorin, Alberti, Lorca, etcétera.

(3) «Rápida, pura centella/en busca de alto confin/enciende, al morir, la estrella,/tan clara, de Bergamín». Versos de Luis Cernuda publicados en «La Verdad», de Murcia, el 10 de octubre de 1926.

(4) Antes, en el número de «Litoral» dedicado al centenario del nacimiento de Góngora, Bergamín publicó una décima.



José Bergamín, en Méjico, en 1940.

con la deslumbrante agilidad que caracteriza a su prosa, inspirado en Bécquer y Machado («Con Bécquer y con Machado/(y con Ferrant) tengo un huerto/que por mi mano he plantado./Y que es un huerto cerrado./Tan cerrado como abierto./Porque es un huerto robado./), la agudeza, profundidad y contradicción de sus meditaciones, la gracia andaluza de sus giros, la perfección del verso, hacen de *La claridad desierta* una auténtica «rara avis» en la poesía española actual.

Pero dejemos hablar al poeta:

«De un infernal abismo al alma siente abrirse el silencio, llenándole de espantos tenebrosos la noche de su sueño: como si enmascarándose a sí misma con la estrellada lumbré de los cielos, una voz luminosa se [apagara en sus distantes ecos. Mueren las horas, [huideras sombras fantasmales del tiempo. Y la muerte me mira [desde el fondo vacío de su espejo».

¿Cabe una rima más perfecta? ¿No les parece que es el propio Bécquer vuelto? Una vez más, como pronosticara Cernuda, Bécquer vuelve a ser el maestro de siempre, el inspirador de la línea más valiosa y honda de nuestra poesía.

Oigamos de nuevo al poeta:

«Estoy pensando en ti [cuando no pienso que estoy pensando en [ti, cuando quisiera no tener que pensar [para sentirme de tu lejano corazón [más cerca. Más cerca de esa putá [ra lejanía íntimamente clara de [tu ausencia: de ese rastro de luz [que tu recuerdo enciende en mí cuando de mí se aleja».

Se ha hablado mucho, y con razón, del conceptismo y el barroquismo de Bergamín, de su propósito de la contradicción, de su afición al disparate como género literario válido, de su garbo taurino y de su agilidad mental. Se ha hablado mucho menos de su verso alado, vivo, del despliegue fecundo de su rima, del tono ingenuo y sabio y lleno de

duende de sus coplas («Yo no sabía por qué/era tan triste tu llanto/el día que te dejé./Y era que yo no sabía/que me llevaba tu pena/y te dejaba la mía»), de la sutil transmisión de su pensamiento poético a través de una brillante imágen. Pero, créanme, que tanto de una cosa como de otra se hablará.

Si «la poesía es siempre pensamiento, porque no puede ser nunca extensión», que dijo el poeta en los ya lejanos años y en las lejanas páginas de la revista «Carmen» (5), leámos esto:

«Ahora al leerme es [táis tal vez pensando que no soy de mi tiempo. Del mío sí. Pero tal [vez ahora ya no lo soy del vuestro. El vuestro precipita [el torbellino en que lo estáis perdiendo. El mío es un remanso [sosegado lo mismo que un espejo. En estas soledades [en que vivo me miráis como a un muerto: sin ver que es otra vida y otro mundo lo que yo llevo dentro».

Versos que pudieran estimarse como un hermoso testamento si no supiéramos que el poeta, además de tener inéditos el libro *Del otoño y los mirlos*, escrito entre 1958 y 1962, trabaja en otro libro poético, titulado *Apartada orilla*, con el fervor de un versificador juvenil y con la tremenda experiencia de su profunda vida.

Poseedor de la locura del poeta, que dijo Maritain, Bergamín ha dejado muy claro, con *La claridad desierta*, todo el bagaje poético que desde su juventud ha soportado, para incorporarse así (nunca es tarde si la dicha es buena) a esa poco repetible

(5) Revista dirigida por Gerardo Diego en 1927 y 1928, de la que salieron siete números, hoy inencontrables.

generación poética de 1927 con todos los honores, reverdeciéndola. ■ JOSE ESTEBAN.

El drama de la Ciudad Ideal

La multiplicidad de las cuestiones filosóficas corre el riesgo de hacer perder de vista los rasgos más específicos y audaces de la aventura especulativa de Occidente. La concienzuda banalización académica de todos los temas contribuye a ello: recordemos que, en la mayoría de los casos, son espíritus que nunca se han arriesgado más que a la adulación y la trapisonda para conseguir su puesto de funcionarios los que cuentan la epopeya de quienes —Spinoza, Hegel, Nietzsche— se lo jugaron todo a la aciaga carta del pensamiento libre. Decía Valéry que para entender la gracia de ciertas cuestiones filosóficas era preciso estar impuesto en un determinado lenguaje técnico llamado «filosofía», lo mismo que hay que haberse leído varios libros de Tartakower o de Lasker para apasionarse por un complejo problema de ajedrez. Esto es, en una medida no desdeñable, cierto; pero no cabe olvidar que no es menos verdadero que las líneas maestras de la sabiduría discursiva nacida en Grecia plantean cuestiones que a ningún hombre deseoso de esclarecer en alguna medida su condición y sus angustias, por horro que se halle de tecnicismos filosóficos, pueden dejar indiferentes. La principal, sin disputa, de todas ellas podría formularse así: más allá de lo caótico, perecedero y confuso del mundo sensible que nos rodea y en el que nos movemos, ¿existe acaso un orden racional de ideas inmutables no afectado por la borrosidad y el acabamiento? ¿Es pensable el mundo? ¿Podemos fundamentar en algo estable nuestra ética y nuestras instituciones, nuestra ciencia y nuestra espe-